

pero hízolo con tan pocas precauciones que dió lugar á que la corta guarnicion que en la ciudad habia se abriese paso, y con tan mala suerte que revolviendo contra él aquella misma noche los franceses ya reforzados, penetraron en la poblacion sorprendiendo á los nuestros y desbandándolos, á tal extremo que creyendo Ballesteros su division perdida embarcóse azoradamente con el coronel de la Princesa O'Donnell en una lancha, haciendo los soldados de remeros, y de remos los fusiles. Elogióse con razon la conducta del batallon de la Princesa, que, fugitivo su coronel, se retiró con órden y serenidad, atravesando por medio de peligro y dando combates gran parte de Castilla hasta incorporarse con el general Villacampa en Molina de Aragon.

La Romana, que entró en la Coruña poco después de Noroña, condújose allí de un modo parecido á como habia obrado en Asturias; reasumió en su persona toda la autoridad, y mas dado á mezclarse en negocios políticos y á fiscalizar el comportamiento de otros en lo económico y civil que á mejorar la condicion de los ejércitos y reorganizarlos, suprimió las juntas de partido que en el fervor de la insurreccion se habian creado, estableciendo en su lugar gobernadores militares, escudriñaba abusos, oía las quejas de los descontentos ó agraviados, gozaba con los agasajos y obsequios que recibia: mas si bien pudo corregir algunos males, entibió el entusiasmo público, y no pro-

gresó la parte militar. Por último, despues de haber destinado á Mahy al mando de Asturias, y de dejar en Galicia algunos cuadros para la formacion de un ejército de reserva, determinó tambien volver á Castilla, donde ordenó á Ballesteros que se le reuniera con el mayor y mas escogido número posible de las tropas asturianas, encaminándose él al Vierzo y tierra de Leon.

Sucedía esto cuando Napoleon desde Schœnbrunn, siguiendo en su manía de dirigir desde lejos la guerra de España, habia dispuesto que los cuerpos 2.º, 5.º y 6.º, mandados por Soult, Ney y Mortier, se reuniesen formando uno solo, y operasen bajo la direccion de un general, designando para el mando en gefe al duque de Dalmacia, Soult, como el mas antiguo. Disposicion que podria ser muy acertada para el objeto que se proponia de batir y arrojar los ingleses, pero que puso en alarma y conflicto á los tres mariscales y al rey José, porque no se creia posible que los tres pudieran servir juntos, y menos que el altivo Ney (el carácter de Mortier era mas modesto y permitia colocarle en cualquier situacion) se doblegára á estar bajo las órdenes del mismo de quien se hallaba tan quejoso y exasperado y con quien habia dicho que estaba resuelto á no servir más. Fuéle no obstante necesario obedecer. Mas antes de ver los resultados del nuevo giro que esta reunion dió á la campaña, cúmplenos reseñar brevemente lo que durante estos sucesos habia ocurrido en otros puntos de la Península.

Al modo que en Galicia, así también en Castilla se habían formado y corrían la tierra molestando á los franceses, interceptándoles correos y víveres, y cogiéndoles destacamentos, esas bandas de hombres armados, que irritados contra la invasión estrangera, impulsados por su propio patriotismo, ó excitados por hombres resueltos y audaces inclinados á buscar fama ó ventura en este género de lides, ú obligados por la pobreza y falta de trabajo, ó huyendo de la acción regular de las leyes, se levantaban y reunían y peleaban en derredor de un caudillo, y empezando en corto número y engrosando después, á favor de la estructura geográfica de nuestro suelo y de una afición ya antigua y como heredada de unas en otras generaciones, hicieron importantísimos servicios á la causa nacional, y dieron no poco que hacer á las aguerridas huestes del dominador de los imperios. La Junta Central comprendió el fruto que podía sacarse de estas guerrillas, y trató de regularizarlas en lo posible y disciplinarlas. Distinguiéronse desde el principio en este concepto en Castilla don Juan Diaz Porlier, nombrado *el Marquesito*, por creérsele pariente de el de la Romana. Oficial cuando la derrota de Burgos, y habiéndose encargado de reunir dispersos y allegando á ellos alguna gente, primero en los pueblos de la Tierra de Campos, San Cebrian, Fromista, Paredes de Nava y otros, corriéndose después á Sahagun, Aguilar de Campoo y comarcas intermedias de Santander y Asturias, hacia

gran daño á los enemigos, y apoderábase ya de considerables depósitos y gruesos destacamentos. Era su segundo don Bartolomé Amor, distinguido por su intrepidez, merced á la cual y á sus condiciones militares le veremos mas adelante elevado á uno de los primeros grados de la milicia.

Era otro de los partidarios célebres de Castilla don Juan Martin Diez, nombrado *el Empeinado* (especie de apodo que se daba á los naturales de su pueblo, Castrillo de Duero), soldado licenciado, que dedicado á las labores del campo en la villa de Fuentecen, conservando el espíritu bélico, y lleno de enojo contra los franceses, cambió la esteva por la espada; asistió ya á las acciones de Cabezon y Rioseco; perseguido después, preso y fugado, levantó con tres hermanos suyos una partida, que aumentada cada dia, recorría las comarcas de Aranda, Segovia y Sepúlveda, burlaba al enemigo cuando mas acosado parecia verse de él, hacia prisioneros, entretenía fuerzas considerables destacadas en su persecucion, y cuando se vió mas estrechado corrióse por la sierra de Avila á guarecerse en Ciudad-Rodrigo. La junta le confirió el grado de capitán.—Llamado estaba también á hacer ruido como guerrillero el cura de Villoviado, don Gerónimo Merino; de los cuales y de otros que por aquel tiempo se levantaron tendremos ocasion de hablar segun se vayan desarrollando los sucesos.—Otros con menos fortuna, y así era natural que suce-

diese, acabaron mas pronto su carrera, tal como don Juan Echavarry que recorría el señorío de Vizcaya y montañas de Santander con una partida llamada Compañía del Norte, el cual hecho prisionero fué sentenciado á pena de muerte y ejecutado por el tribunal criminal extraordinario establecido en Bilbao á semejanza del de Madrid.

Con menos prosperidad que en Galicia habian ido en este tiempo para nosotros las cosas de la guerra en la parte de Cataluña. Cierta que despues de los descalabros de Cardedeu y Molins de Rey no habia hecho poco Reding en mantenerse firme y tranquilo en Tarragona, reforzando y completando su ejército, ya con reclutas, ya con cuerpos formados que llegaban de Granada y de Mallorca, muy auxiliado por la junta, que para facilitarle caudales no vacilaba en recoger y convertir en moneda la plata de los templos y aun de los particulares. Siguióse al principio el plan de no aventurar batallas campales con los franceses, sino molestarlos al abrigo de las plazas fuertes y de las asperezas y montañas, y ojalá se hubiera seguido en este prudente propósito, que era el consejo de los gefes mas cuerdos y experimentados. Pero mal avenido con esta espera el genio belicoso de los naturales, y no llevándola tampoco bien el carácter altivo de Reding, movido tambien por las esperanzas que le daban sus tratos y relaciones secretas con la gente de Barcelona, determinó dar un ataque general.

Disponia Reding de 25,000 hombres, de los cuales solo 10,000 tenia dentro de Tarragona, fuera de la ciudad los restantes al mando de don Juan Bautista de Castro en una estensa línea de diez y seis leguas. El plan era interponerse Castro entre los enemigos y la plaza de Barcelona, y á su tiempo caer Reding sobre aquellos, así como los somatenes todos que oportunamente se descolgarian de las montañas. Mas cuando parecia próximo á ejecutarse el golpe, el general Saint-Cyr con su acostumbrada destreza rompió la línea española, y apareciéndose de improviso y por un movimiento de costado á la vista de Igualada, sorprendió á Castro, teniendo éste que retirarse apresuradamente hácia Cervera, y entrando los enemigos en Igualada, donde se apoderaron de copiosos víveres, de que tenian buena necesidad. Dejó allí Saint-Cyr á los generales Chabot y Chabrán, y revolviendo por San Magin obligó al brigadier Iranzo á refugiarse en el monasterio de Santas Creux. Como á libertarle acudiese Reding con algunas fuerzas que consigo llevaba y con otras que se le agregaron, resolvió Saint-Cyr interponerse entre el general español y Tarragona, trocándose así y volviéndose como al revés el plan primitivo de aquél. Moviése entonces Reding hácia Montblanc, donde celebró un consejo (24 de febrero) para resolver definitivamente si convendria ir al encuentro del enemigo ó retroceder á Tarragona. Decidióse lo último, haciendo la marcha de modo que ni

se buscara el combate, ni se esquivara siendo á él provocados.

Mas habiendo tropezado con la division francesa de Souham situada en las alturas de Valls, y colocándose nuestro ejército en unas colinas á la orilla derecha del Francolí, rigiendo la izquierda y centro el general Martí, la derecha el general Castro, empeñóse formal pelea (25 de febrero), en que los nuestros llevaron ventaja por espacio de cuatro horas, hasta que uniéndose Saint-Cyr á Souham, y obstinándose Reding en no abandonar el campo, no obstante la opinion de algunos gefes españoles de no ser prudente aventurarse á perder lo ganado batiéndose con tropas de refresco, trabado de nuevo y con mas ardor el combate, el valor y la tenacidad de los nuestros no bastó á resistir el impetuoso ataque del enemigo, siempre bien dirigido por Saint-Cyr: rota nuestra línea, los soldados se dispersaron salvándose por los barrancos y asperezas, yendo muchos á refugiarse á Tarragona. Allá llegó tambien por la noche Reding, con cinco heridas que recibió rodeado de ginetes enemigos, de que con trabajo y á fuerza de valor se pudieron librar él y los oficiales que le acompañaban. Quedó, entre otros, prisionero el marqués de Castellorrius. Perdimos en aquella accion mas de dos mil hombres, contándose entre los nuestros algunos oficiales superiores.

La industriosa y rica poblacion de Reus, sin duda

por evitar el saqueo, abrió sus puertas al vencedor, y aun salió la municipalidad á recibirle y á ofrecerle auxilios; conducta estraña y hasta entonces desoida. Propúsose Saint-Cyr, estendiéndose hasta el puerto de Salou, dejar á Tarragona incomunicada con el resto de España, y esperar que el desaliento de la derrota de Valls y la epidemia que en la ciudad se habia desarrollado con motivo del hacinamiento de enfermos y heridos en los hospitales la obligarian á rendirse, quedando así dueño del país, sin necesidad de sacrificar mas gente. Lejos, sin embargo, de abatir los reveses á hombres del aliento y la perseverancia de los catalanes, millares de miqueletes y somatenes, guiados por el general Wimpffen y por caudillos del país tan intrépidos como Milans y Clarós, proseguian una guerra sin tregua, arrojaban á los franceses de Igualada, y acercándose á Barcelona alentaban de nuevo á sus moradores, costando á los generales franceses no poco esfuerzo restablecer sus comunicaciones con la guarnicion de la capital. Cansóse tambien Saint-Cyr de esperar en vano la sumision de Tarragona, y así levantando el campo y dirigiéndose hácia Gerona cuyo sitio meditaba, pero queriendo hacer alarde del poco cuidado que le inspiraban los enemigos, desde Valls envió un parlamentario al general Reding (19 de marzo), diciéndole, que teniendo que partir al dia siguiente á la frontera de Francia, entregaria, si gustaba, el hospital que allí habia formado al gefe es-

pañol que quisiera destinar á hacerse cargo de él; proposicion que aceptó Reding con gusto. A los pocos dias entró Saint-Cyr en Barcelona, donde permaneció hasta el 15 de abril.

Que el espíritu de la poblacion de Barcelona desde el principio habia tenido en continuo recelo é incesante desconfianza al general Duhesme, lo hemos indicado ya otras veces, y es fuera de duda; como lo es que continuamente se habian entendido y estado en tratos personas notables de dentro con los gefes y caudillos de fuera, incluso el capitán general Villalba nombrado por los franceses en reemplazo de Ezpeleta. Era, por decirlo así, una conspiracion latente y asídua, contenida por la vigilancia y por la fuerza. Conocedor de esto el general Saint-Cyr, quiso, durante su permanencia en Barcelona, comprometer la poblacion obligando á las autoridades civiles, como ántes se habia intentado con las militares, á prestar el juramento de reconocimiento y de obediencia al rey José. En su virtud las convocó Duhesme á la casa de la audiencia (9 de abril); pero hecha la escitacion, precedida de un estudiado discurso, negáronse á ello con resolucion y firmeza aquellos buenos patricios, así magistrados como individuos de la municipalidad y gefes de la administracion, añadiendo algunas palabras tan enérgicas y dignas como las del oidor Dueñas, que dijo, que «antes pisaría la toga que vestía» que deshonrarla con un juramento contrario á la leal-

»tad:» y como las del contador Asaguirre que espresó, que «si toda la España proclamase á José, él se expatriaria solo.» Valióles tal conducta á aquellos integérrimos varones el ser conducidos en calidad de presos á la ciudadela y á Monjuich, y trasportados después á Francia; medida violenta que se estrañó en el general Saint-Cyr, que habia dado ántes pruebas de no ser hombre cruel, ni duro y áspero de condicion.

Después de esto, y en medio de la guerra de somatenes que constante y vivamente seguia haciéndose, con frecuentes reencuentros y variados trances y alternativas, partió Saint-Cyr de Barcelona. La poblacion de Vich en que entró (18 de abril) estaba yerma de gente: al revés que en Reus, todos los moradores habian emigrado, llevando consigo sus alhajas mas preciosas, y no encontró en ella mas habitantes que el obispo, seis ancianos y los postrados y enfermos. Allí recibió noticias de Francia, de que casi del todo habia carecido hacía cinco meses. Siempre con el desig- nio de poner sitio á Gerona, dióle tiempo para poderle preparar la muerte de Reding acaecida en Tarragona (23 de abril). Aquel valeroso, activo é inteligente general, de nacion suizo, de corazon español, y que ya se consideraba y conducía como hijo de España, á quien tan principalmente se habia debido el triunfo inmortal de Bailen, sucumbió de resultas de las heridas recibidas en Valls, agravadas con los sinsabores

del ánimo. Sucedióle interinamente en el mando el marqués de Coupigny.

Por último, el rey José que desde Madrid observaba los movimientos de unos y otros ejércitos en todas las zonas de la península, que con el mayor Jourdan dirigía las operaciones de los suyos en aquello en que lograba ser obedecido de los mariscales, que aquí sobre el terreno veía las cosas y conocía las necesidades harto mejor que Napoleón desde el centro de Alemania y con todo esto tenía que esperar sus órdenes, pero que las mas veces por la urgencia de los casos se veía obligado á mandar ú obrar por sí antes de recibirlas, en vista de los movimientos de ingleses y españoles hácia Castilla y Extremadura, comprendiendo que sería una imprudencia emprender en tales circunstancias la expedición á Andalucía que quería el emperador, autorizó al mariscal Víctor á volver sobre la orilla derecha del Tajo entre Almaráz y Talavera, dió orden á Sebastiani de replegarse á Madrideojos, porque su posición mas allá del Guadiana sería muy peligrosa, y como viese que la marcha de estas tropas se retrasaba mas de lo que quería, él mismo partió de Madrid con 6,000 hombres, dirigiéndose por Toledo á Madrideojos, donde llegó el 25 de junio. Mas no tardó en retroceder á la capital (29 de junio), porque no la creía segura de un ataque del enemigo⁽¹⁾.

(1) Entre los muchísimos datos y noticias que se encuentran en todas las historias y memorias de aquel tiempo acerca de

Hé aquí la situación militar de España á consecuencia de la campaña de la primera mitad del año 1809, de que tan magníficos resultados se había prometido Napoleón con los 300.000 hombres que aquí tenía, tal como la describe un historiador francés, ciertamente nada sospechoso de adicto á España. «La evacuación de Galicia, dice, por los dos mariscales Soult y Ney había entregado todo el Norte de España á los insurrectos.... Toda la Galicia, las provincias portuguesas de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño, la raya de Castilla la Vieja hasta Ciudad-Rodrigo, y parte de Extremadura desde esta última plaza hasta Alcántara, estaban en poder de los españoles, portugueses é ingleses reunidos, sin contar el Sur de la península que les pertenecía exclusivamente.... Habiéndose replegado Víctor sobre el Tajo.... el general español Cuesta se había dirigido del Guadiana hácia el Tajo frente por frente de Almaráz. En la Mancha el general Venegas, que había reemplazado á Cartaojal en el mando del ejército del centro, amagó atacar al general Sebastiani; el rey José tuvo que salir de Madrid con su guardia; replegado Venegas, el rey se volvió á la capital.... En Aragón el general Suchet estaba reducido á pelear cada día con los insurrectos, á quienes

las operaciones de la campaña que duró los seis primeros meses del año 1809, en ninguna parte los hallamos mejor y mas compendiosamente resumidos que en la carta que el 26 de junio dirigió el mariscal Jourdan desde Madrideojos al ministro de la Guerra, dándole cuenta de todo, así como de las intenciones y propósitos del rey.

no había desalentado el sitio de Zaragoza; y en Cataluña Saint-Cyr meditaba sitiar las plazas fuertes de que estaba encargado, teniendo que sostener cada día un combate con los somatenes. Hé aquí el espectáculo que en aquellos momentos presentaba la guerra de España.»

Ya antes había dicho este mismo escritor: «Mientras con soldados que casi eran unos niños ponía término Napoleon en tres meses á la guerra de Austria, no podían sus generales, con los primeros soldados del universo, aniquilar unas cuantas hordas indisciplinadas y un puñado de ingleses mandados con cordura. Eternizábase pues la guerra en España en detrimento de nuestro poderío, de nuestra gloria algunas veces, y en mengua de la dinastía imperial.» Y mas adelante, hablando de la enorme masa de fuerzas francesas empleadas en la península, y despues de confesar que gran parte de ellas eran las mejores tropas de Francia, las que habían hecho las campañas de la Revolución y del Imperio, las que habían vencido á Italia, á Egipto, á Alemania y á Rusia, hace la siguiente dolorosa exclamación: «Hé aquí á lo que nos ha conducido la conquista de España, que en un principio se miró como asunto simplemente de un golpe de mano. Con ella se perdió nuestra reputación de rectos, nuestro prestigio de invencibles, viendo perecer unos tras otros soldados pertenecientes á ejércitos admirables, cuya formación había costado diez y ocho años de guerras y de victorias.»

CAPITULO VII.

TALavera.--GERONA.

1809.

(De mayo á diciembre.)

Decreto de la Central.—Su sistema político.—Proposición sobre llamamiento á Córtes.—Fórmula del decreto.—Por qué no se recibió con entusiasmo.—Operaciones militares.—Aragón.—Blake, capitán general.—Formación del segundo ejército de la derecha.—Acción y triunfo de Alcañiz.—Derrota Suchet á los nuestros en María y en Belchite.—Pasa Blake á Cataluña.—Extremadura.—Proyectos y errados planes de Soult.—Discurrén mejor el rey José y el mariscal Jourdan.—Movimientos del ejército inglés.—Plan de campaña concertado entre Wellesley y Cuesta.—Fuerza y posiciones respectivas de los ejércitos francés y anglo-español.—Sale el rey José de Madrid con la guardia real y la reserva.—Hace retroceder á los españoles que avanzaban hácia la capital.—Tardanza de Soult en ejecutar las órdenes del rey.—Síntomas y preparativos para una gran batalla.—Avístanse los ejércitos enemigos.—Célebre batalla de Talavera, la mayor que en esta guerra se había dado.—Triunfo importante de los anglo-españoles.—Premios: Wellesley es nombrado capitán general de ejército y vizconde de Wellington.—Discordias entre los franceses.—Desavenencias entre Cuesta y Wellesley.—Llega Soult con sus tres cuerpos de ejército á Extremadura.—Marchítanse en el Puente del Arzobispo los lauros de Talavera.—Derrota de los nuestros en Almonacid.—Retírase Venegas á Sierra-Morena.—Wellington con los ingleses se repliega á la frontera de Portugal.—Cuesta es reemplazado por